



Víctor del Árbol **Por encima de la lluvia**



DESTINO



Por encima
de la lluvia

Víctor
del Árbol

Por encima de la lluvia

Víctor
del Árbol

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1411

© Víctor del Árbol Romero, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en España: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-233-5265-4

Depósito legal: B. 16.462-2017

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Para los que aman la vida por encima de derrotas.
Y entre todos ellos, a Eva.*

He descubierto que toda la desgracia de los hombres viene de una sola cosa: el no saber quedarse tranquilos en una habitación.

Pensamientos, fragmento 139,
BLAISE PASCAL

¿Cómo puedo soportar esta angustia que anida en mi vientre, este temor a la muerte que me empuja sin cesar? Si al menos pudiera hallar al único hombre al que los dioses hicieron inmortal, le preguntaría cómo vencer a la muerte.

Poema de Gilgamesh, Libro IX,
ANÓNIMO (en versión de Stephen Mitchell)

Prólogo

Tánger, julio de 1955

La presencia de las cosas de Enrique hablaba de su ausencia: las bolsas apiladas al fondo con la ropa que no se había llevado consigo, el cenicero con colillas de cigarrillos americanos que Thelma se negaba a vaciar, el anaquel de madera combado bajo el peso de libros viejos, los archivadores con carpetas llenas de papeles con su letra y con su firma, una caja de zapatos sin zapatos y el disco preferido de Enrique, *Angel Eyes*, de Matt Dennis, que ella escuchaba una y otra vez como una enfermedad que la contaminaba y que se agravaba día tras día. La enfermedad incurable del recuerdo.

Thelma debería haber arrojado todas aquellas cosas a una pira y contemplar cómo ardían, cambiar el color de las paredes, abrir al menos la ventana de la habitación para que el aire se renovara. Pero hacerlo habría significado aceptar que la ausencia de Enrique era definitiva, no esa manera de irse para volver de las otras veces. Y ella no estaba preparada. Todavía necesitaba llorarlo, maldecirlo, odiarlo y perdonarlo.

Cada noche se quedaba despierta hasta la madrugada y, como un mono que repite, sin comprender sus reglas, un juego que le han enseñado, sus pies la arrastraban hasta el baño para acariciarse las mejillas con la brocha de afeitarse de Enrique o ponerse su albornoz, peinarse con su

peine, lavarse los dientes con su cepillo y buscar en el transistor la emisora que él escuchaba mientras se vestía por las mañanas. Algunas veces, Thelma se quedaba sentada en el váter con la mirada fija en una loseta blanca, hasta que las piernas se le entumecían y le dolían los ojos de no parpadear, y se adueñaba entonces de ella la sensación de que todo era irreal y lejano. Al volver en sí y comprender que él ya no regresaría, necesitaba gritar y romper cosas y arañarse la cara para que el dolor adquiriera densidad de piel debajo de las uñas y escozor en la carne, porque solo así conseguía escapar de su muerte en vida.

Nada alteraba aquella rutina de abandono. Esa noche se sentó al filo de la cama y se sirvió un generoso trago de London 40. Estaba borracha del modo habitual, como una enferma acostumbrada a su enfermedad. Aunque el alcohol ya no la ayudaba a olvidar, conseguía al menos amortiguar el dolor, y sus pensamientos caían como piedras hasta el fondo arenoso de la mente y ahí se quedaban, muy quietos, mecidos en la nada. Acarició las sábanas sucias, que se negaba a cambiar, y revivió la imagen de Enrique apoyado en la almohada con un cigarrillo en la mano derecha y el vaso de ginebra en la izquierda haciendo sonar suavemente los cubitos de hielo. Aquel gesto advertía de su impaciencia cuando Thelma no resultaba convincente simulando que alcanzaba el orgasmo masturbándose para él.

—Maldito cabrón —murmuró, ladeando la cabeza, avergonzada al recordar lo odioso que era sentirse subyugada de ese modo. Y sin embargo añoraba aquella mirada verde sin matices, los ojos implacables de Enrique, que la juzgaban con irritante condescendencia, igual que los dioses juzgan a sus criaturas. Cuando él fruncía el ceño con gesto mustio y sus ojos se apartaban de ella, era como si Thelma dejara de estar allí. Como si la expulsara de sus pensamientos. Y eso era peor que cualquier otra cosa.

Con la ginebra en la mano, Thelma se acercó a la ventana. Todavía no había amanecido y el calor era ya sofocante.

Tánger seguía allí. Inmutable como en las pinturas de Delacroix que su padre coleccionaba en su casa de Londres y que la hicieron amar esta tierra cuando ni siquiera era capaz de imaginarla. *Wa fika baraka Allah*, cantaba el aire... Aquellas fueron las primeras palabras que ella aprendió en árabe: Alá nos trajo esta bendición. El ramadán tocaba a su fin y llegaba hasta ella el aroma de la *harira*, la sopa típica que rompía el ayuno, y del dulce de pan y dátiles que la acompañaba. En unas horas volverían el ajeteo en los puestos del mercado, los olores de cordero, las especias y los cafés del zoco viejo; los hoteles y las tiendecitas volverían a llenarse con el hormiguelo de chilabas coloridas y babuchas mezclándose sin fricción aparente con los trajes europeos y los zapatos de cuero.

Tal vez, lo que más echaba de menos eran los paseos de los domingos por la medina cogida del brazo de Enrique, tan guapo y tan gallardo con su uniforme del Tabor de Regulares y el *tarbush* rojo en la cabeza. Las mujeres se volvían por la calle al ver pasar a aquel guapo capitán español de ojos verdes y cabello oscuro, pero ella no sentía celos. Al contrario, estaba feliz y orgullosa.

Cuando en 1944 llegaron a la ciudad, recién casados, Tánger no tenía prejuicios, y podían visitar a sus amigos marroquíes, que vivían en unas casas con los techos tan bajos que era necesario inclinarse para pasar de una estancia a otra. Hicieron pronto otras amistades famosas e importantes: los potentados del bulevar Pasteur, con sus negocios algo turbios; los extravagantes pintores y escritores yanquis; los aventureros canadienses, australianos, franceses, ingleses y holandeses que buscaban un nuevo principio en una tierra que no hacía preguntas. Todo era perfecto, y nada hacía presagiar que dejaría de serlo. Vivían con la certeza de que la felicidad era frágil, pero se

resistían a aceptar su naturaleza efímera tomándola con ambas manos. Thelma tenía veinticinco años y Europa estaba en guerra. Apenas puso un pie en Tánger tuvo la sensación de desembarcar en un mundo turbador y peligroso, pero de una vitalidad y una fuerza increíbles. Era lo que una inglesa de buena familia recién casada y embarazada de seis meses como ella necesitaba para despertar a la vida. La sedujeron de inmediato los *riads* de la Petite Place, los numerosos cafés y los jardines de la Mendubia, donde pasaba tardes enteras esbozando en su cuaderno de dibujo rostros que le resultaban exóticos; se enamoró de cuanto veía, tocaba o probaba, rendidos los sentidos a lo inesperado en la playa de Malabata en noches que se prolongaban hasta el amanecer, junto a las ascuas de las fogatas que subían hacia un cielo negro, absorbente y maravilloso, comiendo el tajín de pescado y escuchando la música *jajouka*.

Once años después, ¿dónde se había ido ese mundo? Se habían esfumado los sonidos, los sabores y olores, y aquellas calles que años atrás la habían embrujado ahora eran el pellejo seco de una serpiente; algo que fue pero que ya no era. La religión, el nacionalismo, la política y el desprecio mutuo saqueaban el alma de aquel lugar que una vez fue de todos y de nadie. Las fachadas amanecían pintarrajeadas con lemas a favor de Mohamed y de la anexión a un reino alauita independiente y con frases cargadas de odio contra los colonizadores. Semana tras semana el ambiente se hacía más irrespirable para los europeos. Todos sus amigos se estaban marchando, incluso los que habían resistido hasta el final. Y ella también tendría que marcharse, todo el mundo se lo aconsejaba. Tánger ya no era lugar seguro para una mujer sola con una hija de once años.

Aquella misma mañana, Thelma había recibido la visita del secretario consular británico, un tipo de la vieja escuela diplomática, amigo de su padre, cuidadoso con las

palabras pero inequívoco con sus significados. Le traía un mensaje de su padre, el honorable Patrick Whitman:

—En Londres sigue teniendo una familia dispuesta a acogerla, una casa, una renta y amistades que han sobrevivido a la lejanía y que se ocuparán de devolverla al mundo al que usted y su hija pertenecen.

Thelma había escuchado la oferta de su padre en boca del viejo diplomático con una cortesía distante. Él no podía comprender que, a sus treinta y cinco años, Thelma ya no era la jovencita que salió huyendo del entorno asfixiante de la vieja casona familiar de Lacock. Su respuesta fue lacónica y definitiva.

—El mundo al que mi hija y yo pertenecemos ya no existe. No hay lugar al que regresar.

Sabía lo que tenía que hacer, y solo lo había estado aplazando por una razón. Aquella noche cogió la botella de London y el vaso y subió a la buhardilla que antes utilizaba como taller para pintar. En un rincón estaba el caballete cubierto con una sábana. Thelma tiró de ella delicadamente y descubrió el cuadro. Dio un lento rodeo alrededor del caballete, retrocedió un paso para tomar perspectiva y lo observó de reojo, como si temiera estropearlo si lo miraba directamente.

Era su obra maestra. Thelma se dijo que incluso Enrique, que le había prohibido vehementemente pintar aquel retrato, tendría que reconocer cierto talento y el esfuerzo que ella había invertido en integrar armoniosamente las luces del paisaje y las sombras de aquel rostro joven y moruno. La belleza del modelo era incuestionablemente masculina, agreste y al mismo tiempo desdeñosa; Thelma había elegido situar la escena en la playa, y había vestido al joven con una gandora blanca. El efecto de movimiento estaba logrado: el viento sobre los pliegues de la ropa, las olas deshaciéndose en un espumarajo revuelto, las ramas del algarrobo que aparecía en una esquina lejana. Lo único que no se movía era la expresión feroz del modelo: la

quietud de los labios llenos de cosas a punto de ser dichas y aquella sonrisa que no era una invitación a la alegría sino una advertencia de algo mal cicatrizado... Parecía estar vivo.

—Toda la culpa es tuya —interpeló al retrato, y se llevó a los labios el vaso de ginebra.

Debería destruirlo, ahora que por fin lo había terminado. ¿No era así como funcionaban los exorcismos? Sacar algo de dentro, hacerlo real y desprenderse de ello. Pero cada vez que lo intentaba, se detenía, como si una mano de hierro le sujetara la muñeca.

—¡Maldito seas! —gritó sacudiendo la mano con violencia. El vaso de ginebra se resbaló entre los dedos y cayó al suelo haciéndose añicos. Con una mueca incongruente, Thelma observó sus pies descalzos; una esquirola le había herido el empeine derecho y la sangre se deslizaba entre los dedos como un gusano que conoce a dónde va. Una oleada de llanto la sacudió, doblándola por la mitad. Se dejó caer en el suelo y se hizo un ovillo apretando las rodillas contra el pecho.

Ya no quedaba más por hacer. Solo sucumbir a la desesperación gigantesca, donde los minutos tenían una densidad aceitosa, o ponerle fin al dolor. No existían tonalidades en la oscuridad ni nada a lo que aferrarse, ninguna mentira posible. Solo la muerte como un débil alivio, pero también como un grito de súplica y, en última instancia, como una forma de venganza. La muerte a solo unos centímetros por debajo de la vida, a un solo gesto de distancia que aquella noche había decidido llevar a cabo.

Pero no podía hacerlo sola. No podía dejarle a Enrique la última victoria.

Bajó la escalera dejando tras de sí un rastro de gotas de sangre que la alfombra esponjaba. Abrió la puerta del dormitorio de su hija con cuidado y se acercó a ella. La

niña dormía con el cuerpo vuelto hacia la pared, con una mano desmayada sobre la cadera y la otra bajo la almohada. Todavía parecía estar a salvo de las garras del desengaño y la traición. No había roturas en su pequeño cuerpo; su alma y su corazón permanecían a salvo en un mundo imaginario de juegos callejeros, de travesuras infantiles y sueños sin límite. Todo en ella hablaba de inocencia: los pequeños lunares en la espalda, de hombros huesudos y vértebras evidentes, su ropa interior de colores y formas ingenuas, su pelvis conservaba la curva perfecta de lo no profanado, y sus pechos incipientes no inspiraban sino ternura... Era tan perfecta que daba miedo pensar en los horrores venideros. Un día no muy lejano alguien la miraría con deseo, los juegos infantiles desaparecerían, aprendería a desear a su vez y los sueños tendrían otra dimensión, y aquellos ojos suyos ahora cerrados plácidamente verían el mundo de otra manera, sin inocencia. Encontraría el amor y se sentiría dichosa y desgraciada, sería arrastrada por la corriente de los sentimientos y se ahogaría en ellos. Y nadie podría protegerla contra ese dolor que rompe el corazón y lo hace añicos.

Thelma no podía permitirlo.

—¿Estás despierta? —preguntó sentándose en la cama y acariciándole el hombro desnudo.

Helena oyó la voz trabada de su madre, pero no quiso abrir los ojos. Olfateó el aire. Apeataba a ginebra y sabía lo que eso significaba. Estaba a punto de empezar la ceremonia de los lamentos, los monólogos, los sollozos, las risas histéricas. Su madre no cejaría en el empeño de despertarla, y entonces hablaría y hablaría hasta que amaneciera. Siempre lo hacía en inglés, que era el idioma en el que ambas se comunicaban. Normalmente, su madre, tras aquellas sesiones, dormía hasta el mediodía. Luego aparecía en la cocina sin decir nada, con ojos de muerta. Se sentaba a la mesa con el cabello alborotado, medio desnuda, alzaba la vista, encendía un pitillo y observa-

ba entre volutas de humo a Helena. A veces sonreía con tristeza, la cogía de la mano sin fuerza, la atraía hacia su regazo y le preguntaba si la quería. Helena rehuía aquel contacto y asentía en silencio, sin atreverse a mirarla. Solo cuando su madre la obligaba a alzar la barbilla y a mirarla a los ojos la mentira era insostenible: «Tú también me odias, ¿verdad? Todos me odiáis».

—Sabes que te quiero, ¿verdad, cariño? ¿Lo sabes?

Sentada junto a ella, su madre le acariciaba el cabello. Helena escondió el rostro bajo los puños bien apretados para proteger las mejillas de besos o caricias. Pero su madre no estaba dispuesta a dejarla en paz.

—Sé que estás despierta. No quiero más fingimientos. Vamos, abre los ojos.

Con un quejido, Helena se incorporó en la cama. Vio la cara desencajada de su madre. También la sangre en el pie.

—Eso es, pequeña... ¿Sabes qué? —dijo su madre con un brillo enfervorecido en las pupilas—, vayamos a la playa. Podemos bañarnos juntas y ver salir el sol.

—Yo no sé nadar, ya lo sabes.

Thelma saltó de la cama con un espasmo nervioso y se puso a buscar la ropa de Helena.

—Oh, no digas tonterías. Nadas perfectamente. Además, iremos juntas. ¿No quieres que hagamos algo juntas?

—Prefiero quedarme en la cama.

Su madre tiró de la sábana al tiempo que le echaba encima la ropa de vestir.

—¿No podrías obedecer por una vez sin protestar? —Helena era tan parecida a Enrique que la enfurecía. Cada gesto, el modo de coger un tenedor, de patear una piedra o de dejarse caer en el sofá enfurruñada al volver del colegio, recordaba a su padre. Era impredecible como él, y altanera, con su modo de fruncir las cejas cuando algo la importunaba. A veces Thelma la odiaba por lo que representaba; y, aunque intentaba luchar contra ese senti-

miento, no lograba vencerlo. Los rasgos duros de Helena le conferían una beldad extraña, una promesa que se iba esculpiendo despacio, la promesa de un gran cambio que se avecinaba. Quizá la vida no le deparara a su hija el papel de chivo expiatorio; tal vez sería como Enrique, una destructora de vidas y de ilusiones, un ser perverso capaz de traicionar la lealtad y el amor que otros le entregarían incondicionalmente.

Helena se negaba a moverse. Thelma la miró fijamente.

—¡No seas niña! ¿Acaso no ves que te necesito? ¿No puedes comportarte por una vez como una mujer?

Helena sintió una congoja culpable en el pecho. No era una mujer. Tenía once años, y por mucha urgencia que tuviera en hacerse mayor no podía saltarse los años que le quedaban hasta ser considerada digna de que alguien le contase la verdadera razón por la que su mundo había desaparecido de repente.

—¿Dónde está papá?

«¿Dónde está mi vida de antes?», decían esos ojos tan verdes como los de Enrique y esa boca fruncida tan definitiva como la suya. Helena echaba de menos que su padre la reprendiera por el desorden, que entrara cada mañana en el cuarto para supervisar si había hecho la cama del modo cuartelero prescrito, con el dobladillo de la sábana simétrico y sin una sola arruga. Quería volver a protestar por los tirones de cepillo de su madre, revolverse protestona cuando ella le buscaba liendres en las raíces del cuero cabelludo, llorar cuando le frotaba detrás de las orejas hasta dejarlas calientes como bollos. Añoraba las discusiones de la cena, cuando se negaba a probar las coles de Bruselas y su padre la aleccionaba acerca de los niños que pasaban hambre a solo dos calles de casa. Ahora se sentía perdida. Si lo deseaba, podía asaltar la alacena de la cocina y empacharse con dulces, y apenas recibiría una mirada indiferente de su madre. Cada noche se

acostaba en la cama sin hacer y nadie la reprendía por el revoltijo de ropas tiradas en el suelo. Iba al colegio sin que nadie se ocupase de desenredarle los nudos del cabello, algunas mañanas desayunaba y otras no y a nadie le importaba. Incluso había desaparecido el enojoso trámite del baño diario.

Thelma se quedó muy quieta, mirando hacia la puerta abierta. Se agachó a recoger la sábana y la acarició como si fuera el sudario de un fantasma.

—Nunca volverá.

—¿Por qué?—preguntó Helena.

Thelma dejó la sábana y se incorporó temblando. Su voz era gélida.

—Porque aquellos a los que amamos nos traicionan, nos causan dolor. Nos lo quitan todo y se marchan a buscar en otra parte lo que creen que nosotros no podemos ofrecerles.

Helena negó tozudamente.

—Mi padre me quiere mucho. Sé que volverá a buscarme.

Thelma se volvió hacia ella con la mirada de una estatua.

—La verdad es que a tu padre solo le importa él mismo. Estamos solas, tú y yo. Ahora, obedece. Vístete y ven conmigo.

Pocas mujeres podían conducir un Renault como el que conducía su madre. Helena se hinchaba como un pavo real cuando iba a buscarla al colegio inglés en aquel coche de llantas grandes y plancha negra y hacía sonar el claxon para que todas sus amigas se volvieran con ojos de envidia. Thelma se ofrecía a llevarlas a tomar un helado o a dar un paseo por la zona portuaria y, sentadas en el asiento trasero, las amigas de Helena se quedaban boquiabiertas viendo fumar a su madre y se tapaban la boca entre

risitas cuando la oían lanzar improperios por la ventanilla a los otros conductores. Todas pensaban que Helena tenía la mejor madre del mundo. Durante un tiempo, ella también lo creyó. Eran tiempos felices.

Pero aquella noche Helena no se divertía. Su madre conducía a una velocidad excesiva, que hacía chirriar peligrosamente los neumáticos en cada curva.

—¿A dónde vamos?—preguntó, asustada.

Thelma fumaba con una mano y con la otra apenas permitía que el volante se deslizara entre sus dedos. Miraba hacia la carretera pero daba la impresión de no verla.

—A Merkala.

La playa, rodeada de montes, quedaba hacia el oeste, cerca de Merchán, un barrio litoral todavía desierto a aquellas horas. Cerca desembocaba un pequeño río y había un aparcamiento de grava. Thelma detuvo el coche pero tardó un rato en soltar el volante. Encendió un nuevo pitillo y lanzó una bocanada espesa y lenta. Helena apenas alcanzaba a verle la cara, que se iluminaba y se oscurecía con cada calada. Más allá del coche estaba el mar y al otro lado, muy lejos, el perfil difuso y oscuro de España. Algunas barcas se mecían en el agua, y los guijarros de la playa, mojados por la pleamar que se había retirado hacía poco, tenían un tono cenizo.

—Salgamos —dijo, de repente, Thelma, abriendo la portezuela del coche. Soplaba el viento y el vestido de color blanco se pegaba a su cuerpo como una gasa que resaltaba toda su geografía. El pelo revuelto le cubría el rostro. Avanzó unos metros. Se acarició los brazos y miró a Helena, que se había quedado en el coche. En su mirada solo había vacío.

—Ven, anda. Vamos.

Helena se encogió en el asiento. Algo no iba bien. Su madre estaba más rara de lo normal. Quizá solo estuviera enfadada y la estaba poniendo a prueba. Otras veces la había castigado por contestar mal o por mostrarse dema-

siado rebelde. ¿Tal vez estuviera enojada porque se había mostrado arisca en el dormitorio? Entonces, todo era remediable. Estaba dispuesta a ceder al cerco protector de su abrazo y a dejarse besar.

—Volvamos a casa, mamá. Ordenaré la habitación y me portaré bien, lo prometo.

Thelma alzó la mirada hacia el cielo. Las estrellas iban desapareciendo, y en alguna parte se intuía la llegada de una luminosidad distante.

—Ven —repitió, mecánicamente.

Helena gimió.

—No quiero.

Thelma desanduvo la distancia hasta el coche y abrió la puerta de Helena.

—He dicho que salgas.

Helena negó con la cabeza. Sin mediar palabra, Thelma la abofeteó con violencia. El golpe sacudió la cabeza de la niña, que se cubrió la mejilla con los ojos abiertos de espanto. Era la primera vez que su madre le ponía la mano encima. Empezó a llorar en silencio. Thelma ni siquiera parpadeó, la aferró con fuerza por la muñeca y la sacó del coche arrastrándola hasta la orilla.

El agua jugaba a acercarse y alejarse. Thelma se mojó los pies. De repente se sentía bien. La brisa emitía una sensualidad rápida e impaciente. Era como si el aire, más que animarla, la apremiase a adentrarse en el mar. Había pasado meses luchando contra el dolor que la asfixiaba y ahora comprendía que no quería forcejear más.

Helena se revolvió con fuerza al sentir el agua cerca de las rodillas.

—Por favor, mamá. Tengo miedo.

Thelma inspiró con fuerza. En sus ojos apareció un destello contemplativo.

—No tienes que tener miedo. Lo haremos juntas, ¿ves?
—Thelma se adentró en aquel mar helado sin soltar a Helena.

El fondo era pedregoso primero; de arena mullida después. Poco a poco, el agua empezó a cubrirlas. Cuando le llegaba por la cintura, la niña se detuvo, negándose a ir más lejos. Empezó a llorar y a forcejear con fuerza para librarse de la mano de su madre.

—¡Mamá, por favor, para!

Thelma no la escuchaba. De repente, Helena sintió que bajo sus pies ya no había más que agua. Con el brazo que le quedaba libre empezó a palmoear, aterrada. En vez de ayudarla a mantenerse a flote, su madre la agarró por los hombros y empujó hacia abajo para sumergirla. Helena empezó a gritar. Su cabeza se hundió y comenzó a tragar agua, agarró las muñecas de su madre y trató de zafarse, pero ella no la soltaba. Se revolvió con toda la furia de que era capaz, pero el peso del cuerpo de una mujer adulta era demasiado pesado.

Ya casi no podía sacar la cabeza para coger una bocanada de aire. Los pulmones iban a explotarle y todo era turbio y confuso. Le dolían los oídos y sentía los filamentos del cabello en la nariz, en la boca, en los ojos... En un último intento desesperado de liberarse, logró darse la vuelta y lanzó con fuerza la rodilla contra el vientre de su madre. Sintió que la presión sobre sus hombros se aflojaba un segundo y aprovechó para escabullirse. Notó los dedos de su madre tratando de atraparla por el tobillo, pero logró alejarse. Tardó lo que le pareció una eternidad en volver a tocar suelo, y gateando, sin prestar atención al daño que se hacía con las piedras, salió a la orilla tosiendo y escupiendo mocos y agua salada.

Se revolvió como un animal herido y miró hacia el mar. Thelma no se había movido, la miraba de un modo ajeno, enloquecido. Como si no entendiera lo que acababa de pasar. Se volvió hacia el mar abierto y, con brazadas suaves, se fue alejando de la orilla.

—¡Mamá! —gritó Helena.

Thelma oyó el grito de su hija por encima del rumor de las olas pero no se volvió. Cerró los ojos y siguió nadando.

Durante minutos, Helena la vio alejarse. La llamó, le gritó que volviera, y luego la vio desaparecer bajo el agua.

Cuando el sol ya era una esfera brillante, Helena seguía allí. Su mente le decía que su madre volvería. Que su padre también. Que todo sería como antes, que recorrerían juntos los puestos de dulces y de frutos secos del mercado, que en invierno irían de visita a Londres a ver a los abuelos y ella montaría a caballo, y que luego regresarían a casa y Thelma pintaría sus cuadros y su padre escucharía en el tocadiscos a Matt Dennis mientras esperaban que ella se hiciera mayor.

Primera parte

Febrero de 2014

I

Sevilla

Miguel no podía sospechar que en aquel frío día de febrero acababa de empezar su última vida. La definitiva. Él era un hombre lógico, y la lógica dictaba que aquel sería un día idéntico a los anteriores, el mismo pasar de las horas desde la muerte de Águeda.

La radio se encendió automáticamente a las seis de la mañana, como si todavía hubiera una razón para madrugar. Durante los últimos cincuenta años, Miguel había despertado a la misma hora y con la misma melodía: la *Sonata L 33* de Domenico Scarlatti. Le gustaba Scarlatti porque sus composiciones giraban con una pulcritud demoledora, las notas se distribuían previsiblemente: se elevaban, caían y volvían a elevarse de modo uniforme. A diferencia de su hija Natalia, Miguel no encontraba nada estético en el desorden.

Con la sonata de fondo fue hasta el baño y comprobó cuidadosamente que los utensilios de higiene personal estaban alineados sobre la repisa de mármol. Se dio una ducha corta con agua templada y jabón neutro, se secó metódicamente y olfateó la toalla para asegurarse de que no necesitaba echarla todavía a la cesta de la ropa sucia. Con la tijera y un pequeño peine metálico, dedicó los quince minutos siguientes a repasar su impresionante mostacho de aspecto prusiano. La maña consistía en el método, em-

pezar a medir la punta de los pelos con el peine desde la derecha e ir recortando hacia la izquierda y desde abajo hacia arriba. Nunca había alterado ese modo de hacer desde que empezó a cultivar aquel mostacho a los dieciséis años, como una declaración de intenciones: estaba dispuesto a ocupar el lugar que le correspondía en el mundo de los adultos, y a hacerlo con una actitud decidida.

A los setenta y cinco años, aquella curva espesa y blanca sobre el labio superior seguía siendo su mejor carta de presentación, lo que él deseaba transmitir de sí mismo a los demás: orden, seriedad, armonía. A ojos extraños, su actitud podía resultar algo cómica, pero nunca le habían preocupado demasiado las opiniones de los demás, y mucho menos los juicios de valor que pudieran hacerse acerca de su persona; el veredicto secreto de Miguel sobre sus congéneres era inapelable: consideraba que la mayor parte de la especie humana era irremediamente estúpida. No tenía datos científicos que avalaran semejante afirmación, pero se basaba en su experiencia como empleado de banca durante toda una vida: con honrosas excepciones, las personas que había conocido eran soñadoras irredentas que no solo se habían dejado engañar, sino que exigían ser engañadas; gente que detestaba oír la verdad cuando esta contradecía sus aspiraciones ilusorias. Personas sin una mínima capacidad para el análisis realista de sus opciones en la vida que reclamaban imperativamente privilegios que no les correspondían, sin entender que lo que ellos consideraban injusto —que unos poseyeran más que otros— era la única forma posible de orden natural.

Cuando terminó con el mostacho, recortó algunos pelos que se salían de la línea espesa de las cejas, repasó las orejas y la nariz y se miró satisfecho en el espejo. Las rutinas restauraban la sensación de control y autonomía, y vestirse formaba igualmente parte de una ceremonia marcada por un estricto protocolo. Elegir camisa, pantalón, corbata y chaqueta a juego, lustrar los zapatos, las

medias de hilo escocés, los gemelos, la aguja y el reloj. Una vez seleccionado, lo colocaba todo sobre la cama e imaginaba el efecto del conjunto antes de vestirse. Uno debía mostrarse ante los demás acorde a su propia identidad, y la ropa adecuada confería seguridad en uno mismo.

En la casa no había mucho que hacer más allá de alisar alguna arruga de la colcha, colocar las conservas con la etiqueta hacia delante, ajustar los pliegues de las toallas en el perchero y pasar el plumero sobre los viejos libros de Águeda que no había tenido corazón para regalar tras su muerte. Natalia le había prometido venir un día a hojear en la biblioteca para elegir algunos tomos, pero, como casi todo lo que prometía su hija, tampoco esta vez había cumplido su palabra. Comió solo en la mesa de la cocina con el noticiario en la televisión de fondo mientras leía un periódico atrasado, recogió la mesa, fregó los platos —se negaba a utilizar el lavavajillas que Natalia le había comprado— y los secó minuciosamente.

Cuando consideró que todo estaba en orden pudo entregarse a la tarea que más tiempo le ocupaba.

Abrió la puerta de la única estancia del apartamento que siempre cerraba con llave, y la habitación lo recibió con el familiar aroma de la ausencia. Un arcón de madera junto a la ventana con la persiana echada y una mesa con una silla eran el único mobiliario. Las paredes estaban desnudas. La luz del exterior penetraba a través de los resquicios de la persiana trazando delgadas líneas sobre una porción del suelo de terrazo blanco. Aquel debería haber sido el cuarto del segundo hijo que él y Águeda nunca tuvieron. Siempre quisieron tener un hijo varón. Cuando se casaron, en 1967, decidieron que su vida iría por los derroteros adecuados: tendrían dos hijos, un chico y una chica, pasarían todos los veranos en Tarifa, pagarían a plazos el flamante Datsun y, con las bonificaciones que cobrase Miguel, adelantarían parte de la hipoteca que pedirían para comprar un piso con tres habitaciones, cocina, baño

y salón en el barrio de San Bartolomé; Águeda dejaría el trabajo de aprendiz en la peluquería de Triana y Miguel se ocuparía de mantener a la familia, así su esposa podría dedicarse a los chicos y a su verdadera pasión, la lectura. Del plan previsto solo se había cumplido la mitad y aquella habitación nunca llegó a tener una verdadera utilidad hasta la muerte de Águeda. Después del entierro, Miguel decidió que aquel sería su lugar de silencio.

Sobre la mesa había un marco de plata con una antigua fotografía de Águeda y de Natalia, hecha en la playa de Bolonia en Tarifa durante unas vacaciones de fecha inconcreta. Natalia, recién salida del agua, aparecía con la piel bronceada y un bañador de rayas; tenía doce años, el cabello muy rubio alborotado sobre la cara pecosa, los ojos achinados por el empuje del sol y una sonrisa de dientes grandes. Águeda también sonreía, aunque de un modo más contenido, como forzada. Seguramente tenía una de sus crisis de migraña, y apretaba con la mano derecha el crucifijo de oro encomendándose a su Jesús para que la aliviase de aquellas punzadas que la paralizaban. Cada noche, Águeda rezaba con Natalia en la cama: «Jesusito de mi vida, tú eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón», y le mostraba el crucifijo a la niña para que lo besara. Miguel solía burlarse de tanta beatería y decía que no era bueno calentar la cabeza de una niña con aquellas supercherías, pero Águeda no tenía sentido del humor para las cosas religiosas. En realidad, no tenía sentido del humor para nada. Se notaba en su expresión severa: los labios finos y prietos, los ojos de mirada intimidatoria, los pómulos altos y el mentón afilado, sin adornos ni en el cuello ni en las orejas, el pelo muy corto. En la fotografía, Águeda apenas tenía cuarenta años pero parecía mucho más vieja.

Junto al marco había un grueso manual de papiroflexia con la tapa dura y varios papeles arrugados. Miguel había descubierto por casualidad el manual entre los li-

bros de Águeda. Le había resultado interesante y se había aficionado, aunque todavía no dominaba la técnica. Estaba intentando hacer una figura, un pájaro, por ahora con resultados mediocres.

Observó con fastidio sus escasos progresos y se concentró en el arcón. No recordaba cuántos años llevaba con él aquel viejo mueble. Aparecía en todos sus recuerdos de la niñez y era lo único que Miguel conservaba de una vida que parecía no haber existido. Sacó una bolsa con cera y pulimento, un pincel y trapos de algodón y se empleó con atención en hidratar las vetas de la madera de eucalipto, que había sido teñida docenas de veces hasta adquirir aquel tono oscuro que le daba una falsa prestancia noble. La tapa tenía un cierre dorado de latón bordeado con cabezas romas de clavos.

Cuidar aquel arcón lo tranquilizaba; sobre todo últimamente, porque se sentía muy extraño. A veces tenía la sensación de perder la conciencia: estaba sentado y, de repente, se sobresaltaba, como si hubiera tenido un sueño instantáneo con los ojos abiertos y no recordara nada de esos segundos vacíos y perdidos en alguna parte. Recientemente se había descubierto recorriendo las estancias de la casa como un sonámbulo, con la impresión de que su casa solo era el espacio de un destierro: no reconocía los muebles macizos, la cama con dosel ni el crucifijo de la pared que no se había atrevido a descolgar por respeto a Águeda y también por una vaga superstición.

La soledad no era buena compañera. Eso le decía su hija cada vez que iba a visitarlo: deberías tener una mascota, papá. Un gato, por ejemplo. Son tan independientes y ariscos como tú. Seguro que os entenderíais bien. Menu-da idiotez, murmuró Miguel, mientras aplicaba pulimento a uno de los cierres con un paño y con la punta de la lengua atrapada entre los dientes, un gesto característico suyo cuando estaba concentrado en una tarea. ¿Acaso no sabía Natalia que los gatos le daban alergia? Y además,

¿quién decía que él fuera arisco? Ciertamente era que siempre había tenido mal genio y poca paciencia pero nunca le hizo ninguna jugarreta a sus subordinados, y si fue tan exigente con ellos fue solo porque también lo era consigo mismo: puntualidad, pulcritud, orden, pragmatismo y profesionalidad. ¿Qué tenía de malo eso?

Ya era media tarde. Tenía que ponerse en marcha, dejar de matar las horas haciendo figuritas de papel y brillantando un arcón sin valor alguno. Tomar decisiones, eso era lo que más añoraba: hacer que las cosas importaran.

Salió de la habitación y cerró con llave; pasó revista a la nevera y anotó mentalmente que necesitaba comprar leche y limones. Se puso el abrigo y se examinó en el espejo del recibidor acariciándose el mostacho. Si hubiese llevado en la mano derecha el maletín con cierre de hebilla, la imagen no habría sido distinta a la de un día cualquiera de trabajo: Águeda habría acudido desde el fondo del salón a darle el visto bueno, le habría sacudido una pelusa de la hombrera y le habría enderezado el nudo de la corbata. «Tienes las gafas sucias, como siempre», habría dicho, y se las hubiera quitado para limpiarle las lentes. Luego le habría regalado un beso escueto en los labios acariciándole la mejilla y dejándole en la piel el aroma de la crema de manos que ella utilizaba y que le recordaría a Miguel su presencia durante el resto del día.

Miguel volvió la cabeza esperando verla aparecer con sus pasos decididos, frotándose las manos con un paño de cocina y un mechón rebelde en la frente. Solo apareció la ausencia. Era el peaje que se pagaba por vivir más que los demás.

Dos tardes por semana, Miguel se reunía con los antiguos compañeros del banco en el bar del Centro Ecuéstre. Solían compartir un jerez y hablar de las cosas del banco como si ellos todavía tuvieran algo que decir. La bolsa, la

crisis bancaria, los tipos de interés, los despidos y las jubilaciones anticipadas. Más o menos, todos mentían al recordar que en sus tiempos las cosas eran de otra manera; mejores, naturalmente. Pero la verdad era que el mundo cambiaba muy deprisa y ninguno de ellos podía seguir su ritmo trepidante. En secreto, se sentían desconcertados, inseguros y excluidos. Pronto dejaban de fingir que seguían entendiendo las reglas del juego y pasaban a lo de siempre: los hijos demasiado ocupados, los nietos malcriados, los amigos o conocidos que iban muriendo, los disgustos reales o inventados, los achaques de la vejez... En general, Miguel se aburría en aquellas reuniones, pero se las apañaba para disimular y, de vez en cuando, hacer algún comentario pertinente, como si realmente le interesara lo que se trataba.

Aquella tarde, sin embargo, Miguel se sentía especialmente disperso. Primero perdió varias manos al dominó por despistes infantiles y después estuvo haciendo crucigramas, pero no logró concentrarse. En la conversación también se mostró ausente. No se sentía bien, tenía la desagradable impresión de que la ropa le molestaba, de que la piel estaba hipersensible y de que las cosas pasaban por encima de él: las voces, los rostros de los conocidos, el propio espacio del Ecuestre.

—Tengo que marcharme —dijo, de repente, antes de lo habitual, sin más explicaciones. Salió del Ecuestre casi sin despedirse, ante la mirada perpleja de sus colegas. Miguel sabía que ahora sería el objeto de sus chismorreos y críticas. Dirían que estaba viejo, que ya no era ni la sombra de lo que fue, y que la muerte de su esposa le había afectado demasiado. No le importaba. Sus antiguos compañeros solo eran viejos ociosos que disponían de demasiado tiempo para despellejar a cualquiera en cuanto se daba la vuelta.

De regreso a casa, pasó por la frutería en la que solía comprar. No le gustaba la fruta envasada de los supermercados. Prefería elegirla pieza a pieza, palparla y olerla

antes de decidirse. El tendero le preguntó con familiaridad cómo iba todo y Miguel no logró acordarse del nombre de aquel hombre al que conocía desde hacía años.

—Bien, gracias —dijo, casi con vergüenza. Pagó de prisa y olvidó recoger el cambio. El tendero tuvo que salir a la calle para dárselo.

—Un día de estos va a perder la cabeza, don Miguel.

Algo azorado, Miguel asintió. Últimamente no dormía bien, se disculpó, con la mente en otra parte.

Decidió dar un paseo antes de regresar a casa. El aire frío le sentaría bien, lo ayudaría a sacudirse aquella desagradable sensación de aturdimiento. Había comprado naranjas; pensaba exprimirlas y hacer un buen zumo, o tal vez cortarlas en rodajas y regarlas con un licor dulce...

De pronto se sintió desorientado. Tenía la impresión de haber caminado demasiado. Su casa no podía estar tan lejos. Se detuvo en medio de un paso de peatones mirando a derecha e izquierda. No reconocía las casas, ni la calle. No sabía dónde estaba, ni cómo había llegado allí.

—¿Pero qué narices me pasa hoy?

Empezaba a sentirse realmente asustado. Dejó las bolsas en el suelo. Tenía que llamar a Natalia. En el bolsillo de la chaqueta llevaba el teléfono que su hija le había regalado para su cumpleaños: «Así estaremos conectados, papá». Pero lo cierto era que cada vez que Miguel intentaba localizarla, su hija no contestaba. Y además, Miguel no entendía todas esas aplicaciones modernas de los teléfonos de ahora. Y ¿para qué demonios quería él una cámara de fotos incorporada de no sabía cuántos píxeles? Era un trasto inútil que solo servía para dispararse en el bolsillo y hacerle unas maravillosas instantáneas del forro interior. Natalia le había enseñado a desbloquear el teléfono, pero ahora no atinaba a dar con la contraseña. ¿Era el año de nacimiento de su hija? Algo fácil de recordar: 1-9-7-2.

Le temblaban los dedos sobre las teclas. No, ese no. Quiso probar con la fecha de su boda, y entonces se asustó

de verdad. No se acordaba. No lograba recordar la fecha exacta en la que se casó.

Una naranja rodó desde la bolsa hasta el hocico de un perro que la husmeó. Miguel fue a recoger la naranja pero una mano se le adelantó.

—Los perros no saben pelar naranjas —dijo el dueño de la mano, devolviéndosela. Era joven, muy alto y corpulento, apenas tenía treinta años y el cabello muy negro y algo alborotado. Tenía las cejas anchas y los ojos castaños y profundos. La camisa abierta hasta el tercer botón mostraba un pecho poderoso. Parecía uno de esos jornaleros acostumbrados a trabajar duro en el campo. A Miguel le resultó vagamente familiar.

—¿Nos conocemos?

El joven sonrió con una boca ancha y una dentadura sana. Los pliegues de los párpados se le abrieron en un ramillete de arrugas.

—Claro que nos conocemos, Miguel. Desde siempre. Miguel parpadeó, confuso.

—¿De veras? No logro acordarme... Yo... No logro...

De repente se dio cuenta de que las palabras se negaban a salir. Estaban claras en su mente, dispuestas en orden de salida, pero revoloteaban en su boca como un pájaro que se destroza las alas contra las paredes de una cueva sin encontrar la salida.

—¿Qué me pasa?

—Nada. No te asustes.

Empezó a sentir un extraño hormigueo en la cara que se extendió rápidamente hacia los brazos y las manos. Miró aterrado al joven, que seguía sonriendo, pero ahora sin alegría. Una sonrisa de ánimo troceada por la tristeza.

—Tranquilo. Estoy aquí.

Todo se volvió borroso, Miguel sintió que la cabeza le daba vueltas y más vueltas. Y entonces cayó de bruces contra el suelo, golpeándose brutalmente la frente.

Solo había sido una bajada de azúcar. Es lo que había dicho el médico en un primer momento. Ahí debería haber acabado todo: un simple susto, un hematoma en la frente y una aparatosa rozadura en el pómulo. Tomarle la tensión y mandarlo a casa. Pero el golpe en la cabeza había aconsejado hacer un TAC y la prueba había revelado la presencia en el cerebro de Miguel de placas seniles y ovillos neurofibrilares. Palabras que asustaban con solo ser pronunciadas.

—¿Qué significa?

—Hemos detectado que sufre usted un principio de demencia senil.

Demencia senil.

Aquellas dos palabras cayeron sobre Miguel como un doble mazazo. Al escucharlas, sintió una profunda náusea que disimuló ante su hija desviando la mirada hacia los tristes bodegones que colgaban en la pared de la consulta del hospital.

—Entiendo —musitó al tiempo que abría la boca para coger aire.

—¿Está seguro de entenderlo?

En realidad, entendía perfectamente lo que eso significaba. Solo necesitaba volver a los ocho años, sentado en un rincón, mientras su madre deambulaba medio desnuda por la casa escribiendo en las paredes con sus propios excrementos; durante años, Miguel había espantado aquel fantasma convencido de que las probabilidades jugaban a su favor: con un demente por familia era suficiente. Pero ahora acababa de descubrir que la locura no era algo que le ocurría solo a los demás.

Natalia tragó saliva. Le temblaban las pupilas con una rabia que no sabía contra quién verter.

—¿Cómo es posible? Mi padre no ha fumado ni ha bebido en la vida, no ha cometido excesos; ni siquiera es tan viejo... ¡Si solo tiene setenta y cinco años!

El doctor apretó las mandíbulas como un boxeador experimentado en encajar ganchos.

—Los síntomas de este tipo de enfermedades suelen aparecer a partir de los sesenta años. De no ser por este accidente ni siquiera lo hubiéramos descubierto hasta que el deterioro fuera mucho más evidente. Su padre padece una de las formas más comunes: alzhéimer.

Natalia apretó la mano de su padre como si tuviera miedo de caerse al vacío. Negaba obsesivamente.

—Eso es imposible. Él es un hombre lúcido... Esas pruebas están mal.

El doctor esperó a que Natalia se calmara. Su voz tenía un efecto sedante, como si hubiese aprendido a modularla para causar una perdurable impresión de seguridad: a falta de confirmar el diagnóstico con algunas pruebas más, la conclusión era que las estructuras proteínicas del cerebro de Miguel eran anormales. Era una forma enrevesada de decir que su mente se iba apagando. Lo haría poco a poco y la cuestión era saber en qué momento el apagón sería definitivo.

—Todavía está en un estadio embrionario.

—¿Cuánto?

—Cada persona es diferente. Tal vez en un año, dos a lo sumo.

Miguel cerró los ojos. No se le había ocurrido que su muerte sería tan larga. Siempre creyó que llegaría por accidente, que se toparía con ella de sopetón. Nada de prolongar la agonía, nada de gritos y lamentos, de suciedad, de dependencia, de babas y mal olor. Nada de joderle la vida a los demás durante décadas, como hizo su madre. Ella se pasó la vida muriéndose, primero por dentro y después por fuera, incluso tuvo tiempo de sobra para ser consciente de su declive y, al final, cuando más falta le hacía la locura, recobró la lucidez para saber que se iba.

Ahora le tocaba a él.

El doctor se apiadó de su desconcierto.

—El deterioro neuronal es irreversible, pero existen tratamientos paliativos. Controlaremos el sodio, el calcio y

el azúcar, le administraremos vitamina B₁₂ y memantina e inhibidores. Durante un tiempo al menos podrá hacer vida casi normal.

A continuación, les dio una larga lista de consejos y de prohibiciones alimenticias, y añadió las direcciones de algunos centros especializados de carácter privado donde podrían enseñar a Miguel a adaptarse a su nueva situación. Después, el doctor se puso en pie. Era su manera de decir que el tiempo que les dedicaba se había terminado. Asomó en su rostro una solemnidad ensayada:

—Procure no agobiarse.

Miguel frunció el ceño. Le pareció un comentario estúpido.

Era casi de madrugada cuando llegaron a casa. Natalia insistió en quedarse a dormir, pero Miguel logró convencerla para que lo dejase solo. Necesitaba pensar. Tras mucho discutir, Natalia dio su brazo a torcer. Sabía cómo era su padre y lo tozudo que podía mostrarse cuando se sentía débil. No quería que ella lo viese flaquear.

—Como quieras, pero te llamaré a primera hora. ¿Tienes la batería del móvil cargada? —Miguel le mostró con aire cansino el teléfono, y tuvo que prometer que dormiría con el aparato en la mesita de noche. Su hija le lanzó una última mirada al borde del llanto, y él tuvo que armarse de aplomo; incluso se permitió sonreír.

—No es tan grave, Natalia. Además, el médico ha dicho que faltan pruebas para confirmar el diagnóstico. Seguro que se equivoca.

Ni él mismo creía en esas palabras. Pero era necesario decirlas para que su hija se marchase y lo dejara un rato en paz. Necesitaba desmoronarse, sumergirse en el desconcierto y entregarse al miedo que le recorría el cuerpo. Y necesitaba hacerlo a su manera. Sin ceder a la tentación del caos, los llantos, las quejas y las protestas.

Fue a la habitación cerrada con llave. Encendió el interruptor, y la bombilla sin tulipa que colgaba en el techo dibujó un círculo de luz pálida. Miguel vio su sombra en la pared. Tenía la sensación de que pertenecía a otra persona, con los hombros caídos y los brazos inertes pegados al cuerpo. Tendió la mano y tocó aquella oscuridad proyectada sobre el blanco de la pared. Era él, lo quisiera o no. Y pronto o tarde todo él sería una sombra. Arrastró la silla hasta el arcón y acarició la tapa. La madera era lisa, todavía estaba humedecida con la cera que le había dado por la mañana. Olía bien, a limpieza y certezas. Descorrió los cerrojos con suavidad y tiró hacia arriba. Ni un solo chirrido al abrirse. Nadie dice que los recuerdos tengan que sonar a óxido.

Miró el interior sin emoción. No esperaba encontrar nada diferente a lo que sabía que vería. Las cosas que habían pertenecido a su madre no eran nada sin ella. Era como si aquel arcón fuera un sarcófago. Hojeó los recortes de periódico que su madre acumuló obsesivamente durante más de treinta años. Cualquier noticia que tuviera que ver con el Valle de los Caídos: el traslado de los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera, la inauguración oficial, fotografías de las obras de construcción, entrevistas al escultor Ávalos, fichas viejas con cientos de nombres y fechas mecanografiadas. Todo archivado con la desvariada exactitud de una mente perturbada y entregada a los detalles inútiles. Allí estaban las copias de las cartas que su madre había escrito durante años a ministros, bufetes de abogados, asociaciones de la Memoria... También estaban guardadas y ordenadas por fechas las denuncias presentadas por Miguel ante la policía cada vez que su madre se fugaba de casa, los posteriores partes de ingreso en las diferentes clínicas de salud mental, las altas temporales y las recaídas. Aquellos documentos eran la crónica de años de desvarío.

Debajo de todos esos recuerdos, envuelta en un paño, estaba la urna con las cenizas de su madre. Miguel la cogió

y la estuvo mirando mucho tiempo, como si pudiera ver el interior y su contenido. La acercó a la nariz y la olió. No olía a nada ya.

Con la urna bajo el brazo volvió a su habitación, la dejó en la mesita y se tumbó en la cama. Miró al techo que cada vez le parecía más bajo y más pesado, como la pesada loseta de una tumba. Como si ya estuviera muerto. Tenía que hacer algo, se dijo. No podía quedarse ahí tumbado en compañía de su madre y del miedo. Rendirse no formaba parte de su carácter. Se incorporó y abrió el primer cajón de la cómoda, donde antes estaba la ropa interior de Águeda.

Ahí estaba el fajo de cartas atadas con una cinta marrón. Las cartas de Carmen. Había prometido destruirlas en el lecho de muerte de Águeda. Dos años después seguía sin cumplir su promesa. No había vuelto a tenerlas entre las manos desde que Águeda las descubrió y lo echó de casa. Deshizo el fajo, se ajustó las gafas, y arrastró la silla bajo la bombilla del techo. Necesitaba una voz amiga, un recuerdo grato:

Sitges, abril de 1980

Mi querido Miguel:

Apenas hace unas horas que te has marchado y yo me niego a dejarte escapar. Me abrazo a ti, a lo que queda de ti entre las sábanas, en la toalla que has dejado en la ducha con la humedad de tu cuerpo. Dos cabellos tuyos en la pica donde hace tan poco te peinabas, la pastilla de jabón con burbujas que contienen todavía un poco de tus manos. Has olvidado decirme que me querías al marcharte, no me importa (pero, entonces, ¿por qué te lo digo?). Encima de la mesita donde hemos comido siguen intactos los platos, tu servilleta de papel arrugada, la media cerveza que has dejado, esa forma escrupulosa de alinear los cubiertos a la derecha del plato. No quiero tocar nada para seguir vién-

dote de espaldas, frente a la ventana abierta desde donde se contempla el mar. Sé que es distinto a ese horizonte del que me has hablado, el que descubriste con tu esposa hace tanto tiempo en Tarifa. Pero este es nuestro, tuyo y mío, y no necesitamos compartirlo con nadie. Todavía te escucho mientras hablas de tu pasado, interrumpiéndote para decirme que tú no fumas pero que no te importa que yo lo haga, que incluso te gusta el sabor de mis besos con ese picor rubio de la nicotina.

Ni siquiera habrás llegado todavía a Sevilla, a tu vida, tu familia, tu esposa, tu hija, de la que tanto me has hablado. Si lo pienso, hemos quemado lentamente las horas en la cama hablando de ellas. De las que te pertenecen y a las que perteneces. Poco, casi nada de nosotros, de ti y de mí. Y tampoco me importa. A nuestra edad, hay cosas que se asumen sin dramatismo. Pero quiero fantasear con la posibilidad de que mientras cruzas este cielo que ya oscurece, nervioso porque te dan pánico los aviones, distraes el miedo pensándome a través de la ventanilla, quizá oliéndote la ropa, las manos, para retener tú también algo mío. Algo nuestro de este fin de semana tan inesperado.

Yo también tendré que marcharme enseguida, volver a Barcelona. La rutina me espera para deshacer violentamente estos lazos de felicidad tan frágiles. Algún día, tal vez yo quiera hablarte de mis ataduras fuera de ti.

El servicio de habitaciones ha llamado ya dos veces, tienen que entrar a limpiar, llevarse los restos de este fin de semana y borrarlos: la colada, los ceniceros, las copas..., airear la habitación y que tu cuerpo y el mío se desvanezcan en el aire. Será como si nunca hubiese pasado. Por eso quiero quedarme un poco más aquí, en esta casa que ha sido nuestra unas horas, muy pocas, en este lugar desde el que veo la iglesia y el rincón de la calma, el temporal golpeando los salientes del paseo y ese manzano que deja caer las flores sobre la alberca. Hay algo en mí que me previene de que al cerrar esta puerta todo lo que nos hemos dicho, lo que hemos hecho, lo que hemos sentido, se perderá cuando lleguen otros amantes a esta cama, con las mismas prisas y ansias por devorarse que hemos tenido nosotros.

No me engaño, debo asumir esto sin más, digerirlo, olvidarlo y continuar como si nada; pero aquí estoy, escribiéndote desnuda en la cama con la voz de Sting en la radio, su voz que se mezcla con la tuya y con el sonido del mar mientras me hablabas muy bajito de tu padre, al que casi no recuerdas, de esa tierra tuya de Extremadura, de tu madre cosiendo para otros, mientras yo te acariciaba el cabello revuelto y te escuchaba pero no te escuchaba. Nunca he visto llorar a un hombre como te he visto hacerlo a ti. Llorar por otros, querer darles de beber con tu tristeza.

¿Realmente podemos separarnos de lo que nos atrapa? Me siento celosa de una mujer que no conozco, imagino que soy yo quien te acompaña en ese verano a Tarifa, que me enseñas a nadar, que hacemos el amor mirando el Estrecho; quiero creer que un día me llevarás con ese coche tuyo que tanto cuidas a Casablanca, que comeremos cualquier cosa en cualquier parte, que bailaremos en lugares que ahora ni siquiera existen en nuestra imaginación, que compraremos esas sandalias hechas a mano, que la noche nos envolverá como en esas películas un tanto ñoñas que tanto te gustan. Sí, lo haremos, me digo. No, claro que no lo haremos, me repito.

Entre tanto, te escribo a las señas de tu oficina en el banco. Tenemos que ser prudentes, me has repetido. Solo espero y deseo que esa prudencia no sea la sombra del miedo. Miedo a ser felices.

Escríbeme pronto, ahora antes que mañana.

Carmen